

EL ORIGEN DE LA SANTIDAD

Levítico 21 y 22 trata disposiciones exclusivas para Aarón y sus hijos quienes fueron instituidos por Dios como los sacerdotes en Israel. En ellas se determinan estrictas reglas ceremoniales que deberán ser practicadas por quienes están a cargo de presentar las ofrendas en el tabernáculo como ser: la contaminación ceremonial y los derechos alimentarios del sacerdote y su familia. En esta lección intentaremos responder a los siguientes interrogantes: ¿Por qué Dios exigió más escrupulosidad ceremonial a este grupo que al resto del pueblo? ¿Cuál es el origen de la santidad sacerdotal y del resto del pueblo? ¿Qué sentido espiritual subyace a estas reglas sacerdotales? ¿Cómo se relaciona esta porción del Levítico con la interpretación de la santidad que hacían los escribas y fariseos en la época de Jesús? ¿Cuál fue la principal controversia entre Jesús y los maestros de la ley acerca de las reglas ceremoniales?

¿Causa o consecuencia?

Dios establece las reglas levíticas al pueblo en época de Moisés bajo una consigna: “Sed santos porque Yo soy Santo”. Hasta ahora hemos tratado los aspectos de la santidad en el simbolismo de las ofrendas y de las reglas para su presentación en el santuario, en la organización del Día de la Expiación y su significado espiritual, en la pureza e impureza ceremonial y en la práctica de una vida familiar y comunitaria que refleje la voluntad de Dios para su pueblo a quién ha dado a conocer su carácter. En estos capítulos vemos una mayor exigencia de ciertos aspectos ceremoniales para la clase sacerdotal como ser: con quién podían casarse, qué defectos físicos impedían a ciertos sacerdotes officiar o quiénes tenían derecho a comer la comida del sacerdote. Cuando leemos la orden divina de ser santos debemos preguntarnos: ¿El pueblo procede a la santificación por obedecer todas estas prácticas o su obediencia es una consecuencia de su santidad? ¿Dios exige que su pueblo haga algo para alcanzar santidad o primero lo santifica y luego le exige actuar en consecuencia? En el pasaje tenemos la respuesta: *Yo soy Dios que santifica* (ver Lv 21:8,15, 23 y 22:9,16 y 32).

Jesús y la santidad

Estas reglas de pureza sacerdotal se practicaban en los días de Jesús, pero bajo la enseñanza equivocada de creer que la santidad es producto de una obra humana que resulta de obedecer estas prácticas levíticas. Debemos recordar que fueron precisamente los sacerdotes (escribas de la ley) quienes junto con los fariseos rechazaron a Jesús a quién consideraban un transgresor de la ley justamente porque rompía con su concepto de santidad al contaminarse tocando enfermos (especialmente leprosos), ingresando a las casas de publicanos y pecadores o comiendo alimentos sin lavarse las manos. Apenas inició su ministerio, Jesús arremetió contra estos maestros de la Ley a quiénes acusó de tener una falsa percepción de la santidad, por ello en el Sermón del Monte advirtió a su audiencia que se requería una justicia mayor a la de los escribas y fariseos para ingresar al reino de los cielos (ver Mt 5:20).

Israel entonces y la iglesia hoy están llamados por Dios a considerar cuál es la causa de su santificación y cuál la consecuencia. Como la revelación de Dios es progresiva, será Jesucristo quién descubra el sentido espiritual detrás de las reglas levíticas y traiga mayor luz a nuestro

entendimiento para comprender que la santificación es una obra divina ya que es Dios quién llama a su pueblo y lo redime en los méritos de su Hijo amado, quién pagó por nuestra liberación del poder del pecado y nos posiciona en su propia santidad. Será responsabilidad del discípulo habitado por el Espíritu Santo sujetarse a su guía para obedecer la voluntad de Dios para su nueva vida en Cristo (Fil 1:6, 1ª Pe 1:3-4;13-16, Ef 4:21-24).

Santidad, profanación y contaminación

Los dos capítulos están organizados en tres secciones cada uno que contienen el argumento central que estamos estableciendo: Dios ES el que santifica y por lo tanto no se debe profanar su santidad. En la Biblia el término “profano” tiene un doble significado: puede referirse a lo que no es sagrado o de naturaleza religiosa, sino secular, como la historia o los asuntos mundanos; pero también designa lo que demuestra falta de irreverencia o de respeto por lo sagrado, es lo que “contamina” o profana un lugar o una acción santa. Las reglas sacerdotales que estamos considerando buscan evitar esa contaminación o profanación por el santuario y sus prácticas donde reside la “gloria de Dios” en medio de su pueblo. Serán los sacerdotes (por su investidura y liderazgo) quienes más responsabilidad tendrán delante de Dios y por lo tanto se les exigirá mayor cuidado y dedicación en sus vidas personales y en sus quehaceres cúltricos.

1. Reglas para los sacerdotes Lv 21:1-9. Todo lo que se exige está en relación con las prácticas ceremoniales externas, pero nada se dice del carácter moral de ellos. Se prohíben contactos con muertos o ciertas prácticas de duelo; se exige matrimonios sólo con vírgenes o se castiga duramente la prostitución de algún familiar.
2. Reglas para el sumo sacerdote Lv 21:10-15. Se aumenta la exigencia de las mismas reglas como por ej. no hacer el duelo por la muerte de un padre o madre ni siquiera salir del tabernáculo.
3. Reglas para oficiar dentro del santuario Lv. 21:16-24. Cualquier defecto físico visible de un sacerdote era causa de inhibición para oficiar (incluía causas congénitas).
4. Contaminación y consumo de la comida sacerdotal Lv 22:1-9. A los sacerdotes se les exige mayor escrupulosidad en cuanto a la limpieza ceremonial en el consumo de los alimentos consagrados.
5. Derecho al consumo del alimento sacerdotal Lv 22:10-16. Como los levitas debían recibir su sustento del resto de las tribus, la familia sacerdotal tenía acceso a la porción permitida del alimento consagrado, pero debía guardar las reglas de pureza para participar.
6. Ofrendas aceptables Lv 22:17-33. Todo animal permitido como ofrenda debía además ser completamente inspeccionado por el sacerdote antes de ser sacrificado ya que un defecto físico lo hacía inservible para el sacrificio.

Mayor responsabilidad

Hemos advertido que nada se dice acerca del carácter moral de los sacerdotes, pero es evidente que la tribu de Leví y dentro de esta la familia sacerdotal está llamada a mostrar más temor por Dios y su ley; lo que significa que, a mayor responsabilidad y conocimiento del Señor, mayor exigencia a la obediencia. Esto es reiterado por Jesús al recordar que quién más ha recibido, mayor responsabilidad se le exigirá (ver Lc 12:48). En la historia de Israel vemos cómo muchos hijos de sacerdotes se corrompieron por avaricia olvidando sus responsabilidades (ver 1 S 2:12-14, 1 S 8:1-3). En el Nuevo Testamento, Jesús debió volcar las mesas alrededor del templo por la misma razón

ya que los sacerdotes habían hecho del control de los animales para el sacrificio un negocio muy redituable (Mc 11:15-18), ese acto fue el inicio de la conspiración de los sacerdotes que concluyó con el proceso y muerte de Jesús aquella pascua.

Verdades espirituales detrás de las reglas

Todas las reglas mencionadas tienen la particularidad de encerrar una enseñanza más profunda que podrá vislumbrarse en la medida que Dios va revelando más detalles acerca de su plan de redención y de su Ungido.

Respecto de la exigencia de pureza y indemnidad física tanto de los sacerdotes como de los sacrificios animales la verdad espiritual detrás es la santidad perfecta de Dios que exige cumplir su perfecta justicia. La perfección de Cristo y su humanidad sin pecado se vislumbran a través de las reglas establecidas para los sacerdotes. Será en porciones del Nuevo Testamento donde hallaremos la relación (ver He 10:11-25). Aunque un sacerdote fuera ceremonialmente puro, sólo podía acercarse a Dios por medio de la sangre derramada de un animal sacrificial inocente y perfecto.

Falsa concepción de santidad

Los fariseos interpretaban que cumplir las reglas ceremoniales eran sinónimo de santidad. Además, se veían a sí mismos como una élite espiritual, practicaban una falsa piedad y por ello el Señor los criticaba diciendo por ejemplo que ayunaban para mostrar su estado exterior, pero enseñó que si queremos ayunar lo debemos hacer en intimidad para que sólo Dios vea nuestro corazón. Daban limosna (de lo que les sobraba) y diezmaron de todos sus bienes, pero los carcomía la avaricia y evitaban gastar en cuidados a sus padres comprometiendo totalmente su fortuna a Dios.

Los escribas y fariseos pensaron que la santidad era principalmente una cuestión de limpieza externa y ceremonial. Por lo tanto, era cuestión de mantener distancia de lo profano y especialmente de los pecadores (según ellos los definían) entonces, se apartaban de los samaritanos, los publicanos, los gentiles y hasta de ¡las mujeres! Los lavamientos ceremoniales eran fetiche para ellos y no podían comprender cómo Jesús y sus discípulos podían comer con las manos sucias; pero el Señor les aseguró que lo que contamina la vida de cada persona es el pecado que nace de dentro de sus deseos y somete su voluntad (Mc 7:14-23); así enseñó que el asesinato se inicia por el odio y la envidia, que el divorcio o adulterio se inicia por la lujuria y la codicia.

Santidad en Levítico

No hay duda de que Levítico se centra en las profanaciones externas y ceremoniales. Esto se hizo para que el pueblo de Dios pudiera primero entender la contaminación concretamente y luego comenzar a captar el concepto más abstracto del pecado. El problema con la interpretación y aplicación de Levítico y toda la Ley por parte de los escribas y fariseos fue que no fueron lo suficientemente lejos con lo que se enseñó. Concluyeron erróneamente que la esencia de la santidad era evitar la contaminación ceremonial, en lugar de ver que comenzaba con ella. Levítico comienza definiendo la contaminación en términos muy concretos, pero a medida que se desarrolla la revelación del Antiguo Testamento, los profetas enseñan enfáticamente que Dios no

está tan interesado en los actos ceremoniales externos de los hombres como lo está en las actitudes de sus corazones y en la justicia resultante que debe producir amor por el prójimo de uno, especialmente para los oprimidos y los débiles (Os 6:6, Am 5:21-24).

Santidad y legalismo

Los escribas y fariseos se equivocaron al verse a sí mismos como la élite espiritual. Los estándares más altos que Dios requiere para los líderes debe hacerlos más sensibles a la impureza y la contaminación en sus vidas. La humildad, no el orgullo, es la marca de los líderes de Dios. Levítico fue escrito para asegurar una mayor sensibilidad hacia la corrupción por parte de los sacerdotes, no para crearles un sentido de orgullo, como si fueran mejores porque Dios requería más de ellos.

El peor error de los escribas y fariseos fue su legalismo ya que creyeron que sus obras los definían como justos. Olvidaron que Levítico 21 y 22 enfatizó varias veces que sólo Jehová es quién hace santo a su pueblo. Lucas 18:9-11 es la parábola que contó el Señor a los que “confiaban en sí mismos” para alcanzar la santificación y concluyó que sólo uno de los que oraban en el templo descendió a su casa justificado: fue aquel que se humilló delante de Dios reconociendo su pecado. El mayor problema del legalista es tener la convicción de que está en una posición privilegiada respecto de su relación con Dios y perder la sensibilidad para rogar el perdón de Dios en los méritos de su único Hijo y salvador: Jesucristo.

OBJETIVOS DE LA LECCIÓN

- *Israel recibió reglas ceremoniales para sus sacerdotes con el propósito de captar el concepto más abstracto del pecado*
- *La santificación es una obra divina tanto para Israel y sus sacerdotes en aquel tiempo como para la iglesia hoy*
- *Los líderes de Israel recibieron mayor responsabilidad para transmitir a través de su ejemplo al pueblo las demandas de la santidad de Dios; de igual modo los líderes de la iglesia serán evaluados de acuerdo con su mayor responsabilidad por gobernar la grey*
- *Medir la santidad personal en términos de pureza ceremonial y ritual es un error, la santidad bíblica debe manifestarse a través de la obediencia a los mandamientos de Dios y amando al prójimo como uno mismo.*

©Alejandra Lovecchio de Montamat

lovecchioalejandra@gmail.com